

▷ Ernesto Guevara de la Serna

Era serio, pero amigable y jovial: el dueño de la tienda "Las Antillas", Ramón Vélez G.

El *Che* Guevara era un hombre decidido, idealista, valiente y con grandes convicciones. Fue serio pero amigable, jovial y comunicativo. Prefirió morir antes que traicionar sus convicciones, dijo Ramón Vélez Goycochea, español, propietario de la tienda de abarrotes *Las Antillas*, que frecuentaban, durante su estancia en México, los expedicionarios

Alberto Aguilar Ramírez de Aguilar

del *Granma*, entre ellos el guerrillero argentino muerto en Bolivia, hizo ayer once años.

Cerca, a menos de 20 metros de *Las Antillas*, ubicada en la esquina de Emparan y Edison, en el centro de la ciudad, hay un edificio color ladrillo, en cuya planta baja y al fondo un departamento

(letra "C"), que servía de punto de reunión a los revolucionarios del 26 de julio.

Vélez Goycochea recuerda la primera vez que vio al *Che*: "Vestía una guayabera y un pantalón sencillo y desgastado. Lucía un pequeño bigote y no tenía barbas. Su larga cabellera le daba un aspecto especial. Solía amarrarla por atrás, en la nuca, como lo hacen ahora los jipies".

El gallego, como le llamaban los revolucionarios cubanos, se dio cuenta "en seguida, que eran buenas gentes, en especial Ernesto. Siempre me gustó ayudarlos. Ellos me pedían que les fiara, a lo que siempre accedí. Fidel Castro me dijo un día que él respondía por todos los demás, pero que no les vendiera bebidas alcohólicas. Al final me pagaron hasta el último centavo".

¿Qué consumía el *Che* en esta tienda?

"Era de los que menos se paraba por aquí. Pero como venía a diario a la casa de Emparan 49, donde vivía María Antonio González, "madre de la Revolución Cubana", pasaba por aquí y algunas veces compraba chicles. A veces no tenía dinero. Fumaba cigarrillos fuertes, como *Montecarlo* y *Delicados*. Y compraba mate. Por él empecé a vender ese té argentino".

Al triunfo de la revolución, Vélez Goycochea viajó a La Habana y allá se entrevistó con el *Che*. Al entrar a su despacho del campamento militar de La Cabaña, tuvo el comandante un ataque de asma. Cuando le pasó, *El gallego* le dijo: "Hombre, qué mal te ha sentado la sierra".

¿Qué quieres que haga?

Todo es por la revolución, le contestó el *Che*.

A casi treinta años de distancia, Vélez los recuerda y dice: "me siento satisfecho de haberlos conocido. Es un honor conservar la amistad de los que viven y recordar a los muertos y al *Che*".

Arsacio Vanegas, luchador mexicano que colaborara aquí a adiestrar físicamente a los expedicionarios del *Granma* recuerda también el día que conoció al guerrillero argentino. Estaba ese día en la casa de Emparan 49 cuando alguien tocó a la puerta.

"Salí a abrir. Era un muchacho limpio y despeinado. Buscaba a Calixto y a Nico, dos compañeros. Pero como no estaban, se despidió, para volver al día siguiente. Aquel día, Fidel y María Antonio se encerraron con él en una habitación y cuando salieron, Fidel me lo presentó como el médico de la expedición y me dijo: 'gordo, ponte de acuerdo con él para que desde mañana entrene con nosotros'".

Vanegas recuerda que cuando luchaba, como parte del entrenamiento, al *Che* no le gustaba perder y alguna vez le dijo: "¡Coño, Vanegas, déjate ganar".

Lo recuerda en la prisión.

"Los entrenamientos ya casi se habían terminado y el *Che* se había casado con Hilda Gadea, con quien tuvo a Hildita. Un día fuimos a visitarlo a la cárcel. Estaban allí su esposa y su hija. Con ella jugaba cariñosamente y le recitaba poemas de Pablo Neruda".

Vanegas recuerda que entonces le dijo al *Che*, quien no le hizo caso:

"¡Vamos, *Che*, no te va a entender!".